

rias de la *Consolata* se hallaban expuestos los ex votos de los reyes y reinas al lado de los ofrecidos por los fieles más humildes. La abadía de Hautecombe, depositaria de las antiguas sepulturas reales, guardaba religiosamente testimonios de austeridad y hasta instrumentos de penitencia que parecían pertenecientes á edades desaparecidas. Aquella piedad hereditaria, á menudo sombría, estrecha, disminuída por mezquinas prácticas, había revestido en Carlos Alberto el carácter de un verdadero misticismo, y aquellos recientes recuerdos, junto con los recuerdos antiguos, iban á preservar sin duda para siempre al joven rey de todo proyecto sacrilego ó simplemente temerario.

Las alianzas de familia se unían á las tradiciones religiosas para retener al nuevo monarca en la vía trazada por sus antepasados. Los príncipes de Saboya, tan ilustres como los más altivos, habían pedido sus esposas á las razas más antiguas de Europa, principalmente á las casas de Austria y de Borbón: Víctor Manuel era sobrino del gran duque de Toscana y del archiduque Reniero; estaba emparentado con los Borbones de Nápoles y se había casado con una princesa austriaca. El tono general de las personas que le rodeaban y de su corte no era menos propio para mantenerlo en las máximas antiguas: era una corte de antiguo régimen, ceremoniosa, formalista, tiesa como las calles de Turín tiradas á cordel y de horizontes uniformes; económica ordinariamente por necesidad y por gusto, fastuosa, sin embargo, cuando lo exigía el esplendor de la dinastía; penetrada de ideas sanas, pero estrechas, y considerando inútil ensancharlas; pacíficamente retrógrada, pero sin pasión, sin amargura y sin cólera. Sobre toda la vida social, al menos en las clases elevadas, se extendía un tinte severo, una especie de disciplina medio militar, medio monacal, algo de frío y rudo como los vientos de las montañas cuando, al bajar de las alturas, llevan hasta el llano de Turín las fortificantes, pero ásperas sensaciones de los ventisqueros. Las ideas, las costumbres, las cualidades lo mismo que los defectos, las preocupaciones lo mismo que las virtudes, todo parecía, pues, trazar en torno del joven príncipe un círculo que sólo una ambición muy robusta y tenaz hubiera sido capaz de romper.

Ambición, Víctor Manuel no la había manifestado hasta entonces, como no fuera la de substraerse á la etiqueta, que ya le disgustaba entonces y que más tarde le causó horror. Para escapar á ella, huía con frecuencia á la montaña, donde durante largos días, olvidado de todos y encontrando en aquel olvido un encanto infinito, gastaba en el ejercicio violento de la caza las fuerzas superabundantes de su cuerpo robusto. Lo que le quedaba de actividad lo consagraba, no á los negocios, sino á los placeres, que fueron entonces, como en lo sucesivo, la grande ocupación de su vida. Las circunstancias de su advenimiento al trono contribuyeron sin duda todavía á apartar á Víctor Manuel de la política aventurera. El primer día de su reinado había sido uno de los más trágicos de la historia de su país: la noche misma de Novara, en medio del desconcierto de la derrota y enfrente del campo enemigo, recogió de manos de Carlos Alberto, que partía para el destierro, un cetro medio roto por la fortuna adversa. El primer acto de su poder fué implorar de Radetzki un armisticio y la

paz. Apenas escapado al peligro, giba á querer arrojarse nuevamente á él? A una obra desproporcionada á sus fuerzas, trastornadora quizá para su conciencia, ¿no preferiría el papel cómodo y lucrativo de protegido del Austria? Después de tantas sacudidas, su único pensamiento ¿no consistiría en asegurar á su pueblo la tranquilidad, aunque ésta fuese más obscura que gloriosa?

Tales eran las apariencias, pero nada más que las apariencias. Penetrando en el fondo de las cosas, no es difícil reconocer que las probabilidades eran mejores para el hijo de Carlos Alberto. Sus pueblos, saboyanos, sardos, piemonteses, pastores y cazadores de la montaña ó labradores del llano, eran robustos, ágiles, resistentes á la marcha como al trabajo, hábiles en el manejo de las armas, insensibles á las intemperias de las estaciones, igualmente distantes de la extrema miseria que deprime y de la excesiva abundancia que entumece. Las costumbres de disciplina no enervadas aún por el espíritu de discusión, y el sentimiento de la solidaridad militar, descendido de la nobleza hasta el campesino, les hacían propios para la vida del soldado.

La tradicional obediencia á la dinastía garantizaba que el rey no encontraría más que súbditos fieles, hasta en empresas oscuras, no comprendidas ó dudosas, y que la desaprobación íntima de las almas no degeneraría jamás en rebeldía ó sedición. Aquella dinastía misma, aunque á menudo tiránica y mezquina en sus proceder como en sus miras, no dejaba de ser popular. Un lazo antiguo, tan antiguo que se perdía en la noche de los tiempos, la unía á la nación. A fuerza de vivir una vida común, príncipes y pueblos habían concluído por fundirse y parecerse. Estaban unidos por una familiaridad respetuosa; eran de costumbres sencillas, frugales, devotos con alternativas de placeres groseros seguidos de duras penitencias, habituados á una actividad sana, pero algo merodeadores y astutos, como es natural en montañeses á quienes tientan las riquezas del llano, aunque también susceptibles de remordimientos, remordimientos que acallaban haciendo algún donativo expiatorio á las iglesias y guardando el resto en paz.

Aquella antigua fusión de todos los elementos sociales comunicaba á Víctor Manuel una fuerza singular, aun en su derrota. Por un favor que la fortuna había concedido raramente á sus antepasados, el joven rey encontraba en derredor suyo hábiles servidores, de opiniones diversas, pero de igual fidelidad, en quienes poder apoyarse alternativamente, según que quisiese activar ó moderar su marcha: para la administración política ó civil, el conde Balbo, el conde de Revel y el caballero De Azeglio hubieran sido en todo país útiles consejeros, igualmente aptos para ilustrar al príncipe, para contenerlo ó para empujarlo: el ejército se honraba de contar entre sus jefes á los generales Dabormida y La Mármora y al coronel Menabrea, muy joven todavía y en un rango secundario, pero ya renombrado por su ciencia militar: en esta enumeración no nombro al personaje más ilustre de todos, el que, colocado hasta entonces en la penumbra, encarnará más tarde en sí todas las fuerzas de su país. Tanto para tratar, como para reanudar en su día la lucha, el Piemonte gozaba de un privilegio extraordinario y algo inadvertido. «Defenderemos la frontera del Tesino como la del Var,» había dicho en 1848 nuestro ministro de Negocios extranje-

ros (1). So color de equilibrio europeo, esta máxima había sido aceptada con alguna candidez como un axioma por nuestra cancillería. De ahí que el Austria, aun siendo victoriosa, podía verse obligada á ceder algo á las reclamaciones de Europa, mientras que para el Piemonte, aun siendo vencido, la peor condición sería no ganar nada. Lo que más prometía en favor del Piemonte eran ciertas palabras escapadas á Napoleón yendo de viaje ó de paseo, en conversaciones confidenciales, cuando escapaba á la atención de sus ministros ó de la Asamblea: repetíanse aquellas palabras, ampliándose su sentido; decíase que el príncipe, á pesar de la reciente expedición romana, había sido antes amigo y cómplice de los liberales italianos; y se complacían en pensar que, si la fortuna transformaba en un título permanente su magistratura pasajera, esta elevación sería provechosa para los pueblos de la península.

¿Tuvo Víctor Manuel, con aquella aguda intuición natural que en él suplió con frecuencia al estudio ó al genio, la visión de lo porvenir? ¿Quiso simplemente mostrarse fiel á los últimos pensamientos de su padre? ¿Sintió sobre todo permanecer bajo el golpe de una derrota y haber inaugurado su reinado con la disminución de su país? Lo cierto es que, entre los dos caminos que se le ofrecían, eligió resueltamente el segundo. Por una parte, desechó las insinuaciones del gabinete de Viena, que hubiera pagado gustoso su sumisión, y, en espera de la revancha, prefirió ser el vencido de Austria á ser su vasallo; por otra parte, mantuvo el Estatuto y con él el orden constitucional. Con la primera de esas actitudes, se proclamaba para lo porvenir el soldado de Italia, y con la segunda, juntaba en torno suyo á todos los liberales italianos.

### III

El primer consejero de esa política fué Máximo de Azeglio. No había elección más oportuna. Máximo de Azeglio estaba unido á la aristocracia por su cuna y al partido liberal por sus ideas. Una herida recibida el año anterior en el sitio de Vincencia y no cicatrizada aún del todo atestiguaba mejor que todo lo demás su amor á Italia. Esa Italia él la quería libre y unida bajo el protectorado piemontés, pero no unitaria, porque esto último le parecía poco deseable y en todo caso imposible. A las aspiraciones del patriota unía las dotes del artista, del hombre de mundo, del literato, del poeta, cualidades tanto más notables cuanto que eran raras en el Piemonte. Su espíritu, más variado que fuerte, más amplio que profundo, más elevado que preciso, penetraba la verdad con una viva y natural intuición, pero, por pereza ó por ineptitud para los largos trabajos, á veces la dejaba escapar después de haberse apoderado de ella; y era de esos que, triunfando en todo, descuellan sin alcanzar del todo la grandeza. Pero esto importaba poco, pues otro había de venir luego que marcaría con gran claridad las líneas vagamente trazadas por él y se apropiaría su esbozo transformándolo. El no era más que el precursor de una obra que excedería á sus miras, turbando más de una vez su conciencia. Por sus cualida-

(1) Despacho de M. Bastide, ministro de Negocios extranjeros, al Sr. de Perrone, presidente del consejo del reino de Cerdeña, 23 de octubre de 1848 (M. Bastide, *La République française et l'Italie*, pág. 123).

des y también por sus defectos parecía el hombre á propósito para reconciliar en Italia los partidos y tranquilizar á Europa. En el Piemonte, en toda Italia, ¿quién no había de querer á aquel Máximo de Azeglio, valiente, jovial, generoso hasta la profusión de su patrimonio, exento de todo pedantismo, y llevando sus dignidades con tanta soltura, que su principal cuidado parecía consistir en olvidarlas? Cualesquiera que fuesen sus opiniones, la corte no se resignaba á mostrarse rigurosa con él; los moderados depositaban en él sus mejores esperanzas, y los demócratas le combatían sin detestarlo. Deseoso de asegurar la unión en aquel país tan largo tiempo dividido, ponía un cuidado infinito en evitar y velar los dispendios. Su reputación traspasó pronto las fronteras de su patria, y De Azeglio fué considerado como una garantía segura contra todos los excesos, de cualquier parte que viniesen. Nadie se imaginaba que aquel aristócrata pudiese ser un instrumento de revolución. Nadie se figuraba que aquel caballero, de espíritu independiente y sensato, pudiese comprometer locamente la paz y abrigar algún designio desleal. Era leal, en efecto, aunque por una razón enteramente italiana: «Es que la lealtad, decía, atrapa casi siempre lo demás (2).» El no pensaba en atrapar á nadie, pero no hubiera sido de su país si su rectitud no se hubiese temperado en ciertas ocasiones con alguna astucia. No tenía apego al poder y lo decía en voz alta; sin embargo, se consagró con enérgica actividad á su tarea de ministro.

La tarea no era fácil. Había que transformar en tratado definitivo los preliminares de paz con Austria, y para esto las dificultades eran grandes, menos á causa del Austria misma que á causa del parlamento sardo. El primer ensayo del régimen constitucional, hecho en medio de un período revolucionario, había dado resultados deplorables; el cuerpo electoral había nombrado hombres ignorantes, obstinados y fanáticos que, á pesar de la experiencia pasada, soñaban con nuevas y más locas aventuras. Fueron necesarias dos disoluciones sucesivas antes de que el ministerio dispusiese de una mayoría sólida y estable.

Sin embargo, no era aquella la mayor dificultad; la más grande consistía en poner á los ojos de Europa el Piemonte vencido en situación tan ventajosa como si fuese vencedor. Con una audacia que confunde, De Azeglio intentó ese esfuerzo, y, apenas escapado á los más terribles peligros, se puso á marcar los primeros jalones de los engrandecimientos futuros. Cuatro meses después de la batalla de Novara, escribía al conde Gallina en Londres: «Pienso que no debería renunciarse enteramente á la idea de anexionarnos tarde ó temprano los ducados de Parma y de Placencia. Porque si Austria ocupa también á Parma, dividirá la Italia en dos y será dueña de separar, según le convenga, la parte central de la meridional. Separados nosotros de la Toscana, nos será imposible realizar jamás ningún proyecto de liga aduanera.» Acompañaba estas insinuaciones un proyecto de inteligencia directa con el duque de Parma, que renunciaría á sus Estados mediante una indemnización (3). En Londres, como en París, seme-

(2) *Lettere inedite de Massimo d'Azeglio*, pág. 63.

(3) Despacho del caballero Máximo de Azeglio al conde Gallina en Londres, 16 de julio de 1849 (*La politica di Massimo d'Azeglio dal 1848 al 1859*, págs. 34-35).

jante aplomo pasmó: entonces fué cuando escribió Thiers: «¿Pero los piemonteses se imaginan que han ganado la batalla de Novara?» No, no la habían ganado, pero ya trataban de explotar la derrota mejor que otros la victoria. Y la explotaron gracias á inteligencias sabiamente establecidas en la prensa; de este modo llegaron á crear en París, en Londres, en Bruselas y en Ginebra una especie de opinión pública que á la larga iba á ser tenida por la opinión de Europa y de que se valdría el propio gobierno sardo para imponerla en el momento oportuno á Italia. Empresa considerable que De Azeglio inauguró y que su sucesor había de continuar con infatigable ardor á costa de intrigas y trabajos

El Piemonte no tenía aún semejantes aspiraciones, que hubieran sido demasiado peligrosas para él, máxime cuando el gabinete de Viena tenía en la persona del príncipe Felix de Schwarzenberg un jefe tan vigilante para el ataque como para la defensa, y que, si hubiese vivido, hubiera sometido indudablemente á su débil adversario. Mientras llegaba la hora de la gran revancha, era preciso hacer algo. Entonces fué cuando se volvieron contra Roma.

El plan no carecía de habilidad. El rey de las Dos Sicilias no pretendía ya ninguna acción allende sus fronteras, y los demás príncipes italianos significaban poco ó nada; por consiguiente, de un extremo á otro de la



Territorio comprendido entre Mantua y Verona

inauditos. Luego empezó un sistema de denuncias continuas contra los demás gobiernos italianos. En medio de todas aquellas preocupaciones dominaba la causada por Austria. «La paz, había dicho Balbo con una precisión matemática, no será más que una tregua de diez años.» A aquella época se remontan los primeros planes para armar las plazas fuertes y aumentar los recursos militares. El gabinete de Viena era objeto de quejas continuas llevadas á París y sobre todo á Londres. Ora se le acusaba de meditar la ocupación de una parte del Piemonte, ora se denunciaba un supuesto proyecto de incorporar el reino lombardo-veneto á la Confederación germánica, ora se señalaban «los manejos de los agentes austriacos en Romaña y en las Legaciones, manejos que duraban desde el congreso de Viena y tendían á excitar las poblaciones á que se echasen en brazos de Austria (1).»

Lleno súbitamente de solicitud por el poder temporal del Padre Santo, el jefe del gabinete sardo deploraba que las autoridades militares austriacas se complacieran en mantener el espíritu de oposición contra el Soberano Pontífice. Tal hacían en 1850 los futuros invasores del dominio pontificio. Contra aquellas acusaciones Austria no se cansaba de protestar, unas veces con desdeñosa brevedad y otras veces con vehemente indignación, señalando sobre todo las aspiraciones del Piemonte á una tercera guerra.

(1) Memorandum de 5 de enero de 1850 (*La política di Massimo d'Azeglio dal 1848 al 1859*, pág. 88).

Península no quedaban más que dos fuerzas: el Piemonte con sus ambiciones y Roma con su antiguo prestigio. Para dominar en Italia, el Piemonte tenía que unirse con Roma sujetándola á sus proyectos, ó combatirla franca ó solapadamente hasta someterla ó abatirla. No habían faltado proposiciones obsequiosas de alianza ú ofrecimientos de concurso. El papa los había rechazado con cierto desdén, estimando que, protección por protección, tenía derecho á mayor apoyo, y juzgando además que hasta los obsequios, viniendo de Turín, merecían más desconfianza que gratitud. No pudiendo tener á Roma por cómplice, el gobierno sardo se decidió á tenerla por enemiga. Aquella lucha, más política que religiosa, nacida de la rivalidad de intereses y no de ninguna divergencia dogmática ó moral, aquella lucha, salvo algunos intervalos de calma, iba á llenar casi todo el intermedio hasta la nueva ruptura de hostilidades con Austria.

La ley llamada del *Fuero* fué el primer episodio de aquel largo conflicto.

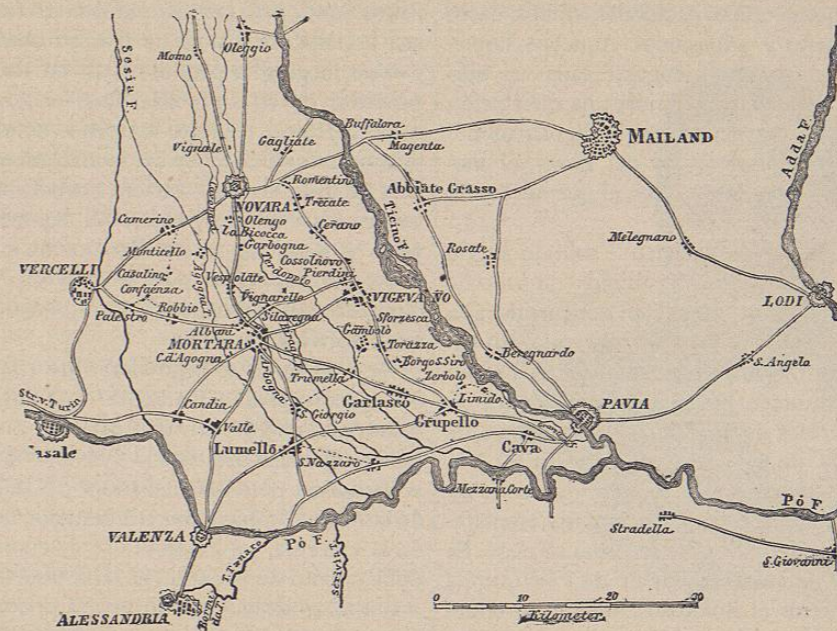
En toda la extensión del reino de Cerdeña existían desde tiempo inmemorial tribunales eclesiásticos que entendían en las causas relativas á los esponsales ó á los matrimonios y en la mayor parte de aquellas en que estaba complicado algún clérigo. A este importante privilegio se unían algunas prerrogativas accesorias: los clérigos no podían ser presos por deudas y, en caso de detención penal, tenían sus prisiones aparte; había penas especiales para los delitos de carácter religioso; por último, en la legislación quedaban ciertos vestigios del

antiguo derecho de asilo. Que tales prácticas se hallaban poco en armonía con el espíritu moderno, nadie lo negaba, y los cristianos más sinceros hubieran visto sin disgusto la abolición, al menos parcial, de aquellas inmundades. Pero dichas prerrogativas no se apoyaban solamente en antiguas costumbres; un concordado las había sacado hacía poco tiempo del desuso en que sin duda hubieran caído, de modo que su supresión, por oportuna que fuese la reforma, no podía ser pronunciada sin una previa inteligencia con la Santa Sede.

El Piemonte afectó negociar. A fines de 1849, el

gociaba con la esperanza ó el propósito de fracasar.

No pudiendo hacer la reforma de acuerdo con la curia romana, el gabinete sardo resolvió hacerla solo. El Sr. Siccardi volvió á Turín, fué nombrado guardasellos y presentó una proposición de ley que aboía las jurisdicciones eclesiásticas. Cierto es que, al mismo tiempo que el ministro proponía dicho proyecto, enviése un nuevo mensajero, el marqués Spínola, á Pío IX; pero como anunció que las intenciones de su gobierno eran irrevocables, la misión fué más irrisoria que seria: hubo obstinación de una y otra parte; los amigos del gobier-



Territorio comprendido entre Milán y Alejandría

conde Siccardi fué enviado á Portici, donde el papa residía aún. No era difícil pronosticar el resultado de aquella embajada. Al mismo tiempo que el gabinete sardo pedía á la Santa Sede que renunciase al beneficio de una estipulación concordataria, la prensa de todo el reino atacaba impunemente al clero y á los institutos monásticos: el mismo presidente del consejo, á pesar de su habitual rectitud, escribió en aquella época que «con el papa se necesitaban muchas formas y besamanos, pero al mismo tiempo una firmeza de hierro y sobre todo hechos consumados (1).» El papa no ignoraba aquellas disposiciones y recordaba con amargura que en una época reciente había visto al gobierno de Turín ofrecerle en Niza una *ospitalità amarevolissima* y entablar simultáneamente negociaciones con la república romana (2). Además el Sr. Siccardi, al ir á reclamar de Pío IX un sacrificio, llevaba el encargo de añadir á su demanda una comisión desagradable; había de solicitar del Santo Padre que interviniera cerca del arzobispo de Turín y del obispo de Asti, y les hiciese renunciar á sus diócesis. No podía dudarse que semejante incidente había de ser penoso para el Pontífice: de modo que esta pequeña misión, unida á la grande, era muy torpe si se deseaba de buena fe el éxito, y muy hábil, si se ne-

(1) *Lettere inedite di Massimo d'Azeglio*, pág. 53.

(2) Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VI, páginas 31 y 32.

no sardo continuaron invocando el espíritu moderno, y los amigos de la Santa Sede siguieron defendiendo el derecho establecido por los tratados.

La discusión se abrió el 6 de marzo de 1850 en el palacio Carignán, que nunca había visto tan importantes debates. El conde Balbo y el Sr. de Revel defendieron menos la causa de las jurisdicciones eclesiásticas que la de la buena inteligencia con Roma y de la paz religiosa. Los abogados del ministerio se burlaron del carácter gótico de las instituciones que se trataba de abolir, invocaron el ejemplo de los países vecinos, hicieron poco caso del papa diciendo que en su obstinación no quería saber nada, y añadieron que, puesto que toda justicia emanaba del rey en virtud del Estatuto, no era decoroso que ninguna sentencia se pronunciase no siendo en su nombre. Así hablaron los amigos del Sr. de Azeglio, y el más elocuente fué el que no había de tardar en substituirlo.

A pesar de una oposición muy viva, la ley fué votada por la Cámara de los diputados, y el 9 de abril fué ratificada por el Senado. Todo contribuyó á acentuar su alcance. La misma noche del voto de la alta Cámara estalló una manifestación de alegría democrática, manifestación bastante grave para que De Azeglio montase á caballo y procurase calmar á sus nuevos amigos. Apenas apaciguada la multitud callejera, los católicos prorrumpieron en quejas. El nuncio pidió sus pasapor-

tes. El arzobispo de Turín, monseñor Franzoni, envió una circular prescribiendo á los individuos del clero que no aceptasen la jurisdicción de ninguna justicia civil. El gobierno ordenó el secuestro de la circular, vió en ella una provocación á la desobediencia á las leyes, mandó procesar al arzobispo, lo hizo prender y lo tuvo encerrado en la ciudadela de Turín. El prelado no salió de allí sino para ser juzgado por los mismos jueces cuya competencia negaba, y fué condenado á un mes de prisión. Los católicos contestaron á esos rigores con demostraciones públicas en favor del arzobispo; le trataron de confesor de la fe; de Nápoles, de Lyon y de otros puntos le llegaron cruces pectorales, anillos, báculos de honor, mensajes y adhesiones. Aquellos homenajes tenían su reverso en el lenguaje cada vez más hostil de la prensa democrática; abrióse una suscripción para erigir en una de las plazas de Turín un monumento en conmemoración de la ley del *Fuero*; el monumento se levantó más tarde, y es el que adorna la plaza de Saboya.

Las cóleras empezaban á apaciguarse cuando surgió un incidente que las reanimó. A últimos de julio de 1850, uno de los ministros que habían concurrido á la ley del *Fuero*, el Sr. Santa Rosa, cayó enfermo, tan enfermo que pronto estuvo en peligro de muerte. Era un cristiano sincero, momentáneamente separado de la Iglesia por los intereses de la política, sin ninguna alteración fundamental de sus creencias ó de su fe. A la hora de los últimos sacramentos, la autoridad eclesiástica exigió la retractación de una ley juzgada atentatoria á los privilegios del clero. El enfermo se negó. Se parlamentó mucho, mientras el pueblo de Turín seguía con apasionado interés el doloroso conflicto, pronunciándose abiertamente en favor del moribundo. El señor de Santa Rosa expiró, dejando á su familia bajo el doble golpe de su pérdida y de la ansiedad por su salvación. Las mismas negociaciones que habían turbado los últimos momentos del enfermo se renovaron para los funerales. Por último, el pobre cadáver fué llevado á la iglesia en medio de un gentío más irritado que recogido. El gobierno creyó oportuno dar una satisfacción al sentimiento de reprobación de la multitud. La víctima elegida fué otra vez el arzobispo; éste fué encerrado en Fenestrelle, desterrado después del reino, y se retiró á Lyon.

Tal fué el primer acto de la lucha con Roma. La animosidad, sin embargo, no fué llevada al extremo de no dar lugar en lo futuro á ninguna tentativa de avenencia. Los ministros piemonteses tenían interés en graduar su marcha y en evitar toda violencia ruidosa. El Padre Santo se mostraba más desconfiado que hostil, dispuesto á la benevolencia respecto á las personas, hasta preparado á ciertos sacrificios, con la condición de que los derechos primordiales de la Iglesia fuesen respetados, las concesiones lo fuesen de hecho y una actitud general mejor atestiguase la sinceridad del Piemonte.

Desde 1850 hasta 1852 enviáronse numerosos mensajeros de Turín, tales como el caballero Sauli, el señor Pinelli, el marqués de Spínola y el caballero de Sambuy, que fué investido de poderes oficiales y parece haber entablado negociaciones más serias que las intentadas por sus antecesores.

Fuesen cuales fueren los enviados, hubo varias cau-

sas generales de mal éxito que pesaron sobre todas las negociaciones. El gabinete sardo invocaba el Concordato francés y pedía iguales concesiones, como si el Piemonte hubiera sido igual á Francia y como si las recientes agitaciones italianas fuesen comparables con la revolución de 1789. Mientras el gobierno de Turín reclamaba una nueva circunscripción de las diócesis, la supresión de ciertos obispados y la secularización de ciertas órdenes monásticas, la prensa sarda no cejaba en su sistema de denigración ó de ataques. Además, en la curia romana dominaba cada vez más la idea de que el gobierno del rey únicamente se proponía provocar al Padre Santo á negativas, publicarlas ruidosamente, tomar á Italia por testigo de la obstinación del Pontífice y obrar luego sólo para el mayor provecho de su popularidad ó de su ambición. Este juicio era tan exacto como perspicaz respecto á algunos hombres de Estado piemonteses. Una ley sobre el matrimonio civil, presentada durante las negociaciones con Roma y á pesar de las promesas hechas por Pío IX, confirmó esa opinión. Justo es consignar que el Parlamento no se asoció á las miras del ministerio, pues el proyecto, votado por los diputados, fué desechado por el Senado y el gobierno no lo volvió á presentar.

De este modo se llegó al año de 1852. El momento era decisivo para el Piemonte. Éste había empeñado la lucha sordamente con el Austria y abiertamente con Roma. Habíase presentado á los ojos de Europa como la verdadera potencia iniciadora de Italia, y á los ojos de la misma Italia como el libertador futuro. Así iniciada la empresa, ¿el Piemonte se detendría ó, con un redoblamiento de audacia, llevaría las cosas al extremo? Y si á tal se atrevía, ¿dónde estaba el hombre dotado de fuerzas bastantes para proseguir y coronar la obra?

El caballero De Azeglio era á la vez superior é inferior á tan grande empresa.

Superior, porque las empresas que la nueva política iba á exigir más que nunca asustaban á su rectitud. Aunque acentuada bajo su ministerio, la guerra contra Roma le tenía alarmado y no era difícil adivinar que por aquel camino había llegado á un extremo del cual no pasaría. Fielísimo en el fondo á las doctrinas de conservación social, le repugnaba aliarse en el Parlamento con el centro izquierda y con la izquierda, condición necesaria para una evolución política más resuelta. Temía mucho á la demagogia y, sobre todo, aborrecía la mentira, y presentía que para fundar la Italia piemontesa, habría necesidad de mentir mucho.

Superior á la obra por sus escrúpulos, Máximo de Azeglio le era muy inferior por el genio. No tenía ardor para el trabajo, ni constancia en las decisiones, ni esa obstinada pasión del poder que, á través de las repugnancias y de los obstáculos, sostiene á los verdaderos ambiciosos. No había adivinado la complicidad futura de Luis Napoleón, que le inspiraba entonces más desdén que confianza. Las observaciones de las potencias le hubiesen asustado hasta la consternación ó irritado hasta peligrosas cóleras. Más *dilettante* que hombre de Estado, más acostumbrado á dejarse llevar por la fortuna que á vencerla, hubiese abandonado veinte veces la tremenda partida que el Piemonte acabó por ganar, después de haber estado tantas veces á punto de perderla.

De Azeglio tenía conciencia de lo que constituía á la

vez su honor y su debilidad. Sucumbía bajo la carga demasiado pesada para él. Además, crecía á su lado otro hombre á quien no asustaría ninguna carga, que se apoderaría del poder como quien se apodera de un arma y sería el gran artífice de la Italia transformada.

## IV

Camilo Benso, conde de Cavour, nació en Turín el 10 de agosto de 1810. Por el lado de su padre era piemontés, y de origen francés por el lado de su madre; y por su abuela paterna era oriundo de Suiza y de Saboya, de modo que el hombre á quien llamaron «el primer italiano» podía ser reivindicado por varias patrias. Su familia era de noble y antiguo origen, pero poco ilustre, aunque se vanagloriaba de contar entre sus miembros á San Francisco de Sales.

La educación de Camilo de Cavour fué la de todos los jóvenes de su clase y de su país. A la edad de diez años fué admitido en la Academia militar de Turín, donde se mostró poco estudioso, excepto para las ciencias exactas que gustaban á su inteligencia ya práctica y hábil; en cambio su espíritu era en extremo independiente, tanto que habiendo sido nombrado paje del príncipe de Carignano, consideró como una sujeción mortificante lo que otros consideraban como un honor. En el ejército, en que ingresó luego, mostró la misma disposición rebelde á toda cohibición. En 1831, trasladado de Génova al fuerte de Bard perdido en la montaña, vió en ello un castigo, y poco después pidió la licencia absoluta.

Una gran curiosidad de espíritu, convicciones liberales, pero con miras muy positivas y ya determinadas, una ambición sin objetivo, pero que no juzgaba nada superior á ella, tales eran las tendencias del joven Cavour. Los viajes son el gran recurso de la actividad sin empleo. Cavour viajó, pero sin alejarse mucho de su patria, pues su actividad física era menor que su actividad moral, y se sentía menos atraído por el espectáculo de la naturaleza que por el comercio de los hombres. Vivió largo tiempo en Ginebra, donde le ligaban antiguas tradiciones de familia y preciosas amistades; y aquella ciudad un poco fría, pero ilustrada, se amoldaba á su espíritu crítico y pensador. Recorrió varias veces Francia é Inglaterra, con tal encanto que prolongó su estancia en ellas todo el tiempo que pudo. Allí estudió y observó, no como un turista vulgar, sino como investigador tenaz; no como artista, sino como economista y hombre de Estado que hace acopio de recuerdos, notas y documentos, sin saber si tendrá ocasión de utilizarlos. En Francia buscó el trato de los hombres más ilustres. De los políticos, el que más le sedujo fué el duque de Broglie. ¡Extraña predilección la del más austero de los italianos por el más austero, el más escrupuloso y el menos dúctil de los hombres de Estado franceses! No era menos extraña su gran simpatía por la corriente de renacimiento religioso iniciada por Montalembert y su desdén por los temores ó prejuicios galicanos. En sus múltiples relaciones de la vida mundana, encontró benévolos patronatos, tan benévolos que le impulsaban á hacer de Francia su segunda patria. Pero esas preferencias no llegan hasta el abandono definitivo de su país. Su pensamiento secreto era que no

había ningún papel subalterno igual á sus esperanzas.

Cuando después de larga ausencia Cavour volvió decididamente al Piemonte, encontrése aislado, pues era demasiado sensato para los planes facciosos y demasiado liberal para no inspirar sospechas. Entre el místico Carlos Alberto y el positivo Cavour no podía haber ningún punto común: «Es uno de los hombres más peligrosos de mi reino,» solía decir de él el rey. Aplazadas sus esperanzas, Cavour se armó de paciencia, y habiendo agotado los viajes, se apasionó por la agricultura. Compró terrenos en Leri, cerca de Varceil, sin saber cómo pagarlos. Comerció con ganado lanar, perfeccionó los medios de convertir las tierras de secano en tierras



Cavour

de regadío y fué uno de los primeros que cultivaron la remolacha. No bastándole la agricultura, se dedicó simultáneamente á la industria. Nadie comprendió como él las explotaciones de ferrocarriles y sus beneficios posibles. Estudió toda clase de combinaciones nuevas, gas, fabricación de abonos químicos, bancos de descuento, etc.; al mismo tiempo especulaba con el arroz, el trigo y el maíz. En todo eso se enriqueció. No despreciaba la riqueza, pero á través de los entusiasmos de la ganancia, su pensamiento le llevaba siempre hacia la vida política. Preparóla creando en Turín asociaciones diversas que, con una media publicidad sin peligro, habían de iniciar á los hombres más ilustrados del país en la práctica de los negocios dirigidos y discutidos en común: tal era la *Sociedad del whist*, imitación de los clubs ingleses; tal era también la *Sociedad agraria*. Estas asociaciones, aunque algo sospechosas, eran sin embargo toleradas. En 1817, al aflojarse las trabas, Cavour se aprovechó de ello para fundar con algunos amigos el periódico *Il Risorgimento*, órgano de las reivindicaciones pacíficas, destinado á ocupar un justo medio entre los órganos ministeriales y la turbulenta *Concordia*. Tal era Cavour en vísperas de la revolución de 1848. Había adquirido, no la popularidad, sino la notoriedad que la prepara. Era uno de esos hombres que oficialmente no son nada, pero cuya influencia y cuya mano se encuentran en todas partes.

La revolución italiana de 1848 desconcertó mucho á